

¿Qué no ha sido y qué puede ser la ONU?

SOBRE la fundación de la ONU (San Francisco, junio de 1945) pueden manejarse varias hipótesis: que nació como exigencia populista de un mundo aterrorizado; que no fue otra cosa que la hipócrita máscara con que los vencedores ocultaron su mala conciencia; o que fue simplemente un intento descomprometido para crear un punto de referencia y un foro de naciones simultáneamente abierto y controlado. Elegimos lo último. En cualquier caso, la ONU nació relacionada con la idea de la restauración y la aspiración a la paz. Pero la ONU no era, como suele pensarse, un omnipotente foro de carácter político. Le faltaba mucho para ello. Como la escolástica nos recuerda, «*primum in intentione, ultimum in executione*». Lo que primero aparece en la intención es lo último en conseguirse. El mundo no estaba preparado en 1945 (ni siquiera lo está todavía) para admitir con todas sus consecuencias los mecanismos de acción que esa intención **pacificadora** conlleva.

Sus insuficiencias genéticas han hecho que la ONU haya tenido mala prensa desde un principio, y probablemente con notoria injusticia. Esta incomprensión ha ido forjando el tópico de «la ineficacia de la ONU». Hoy por hoy, la ONU depende en lo político del control que a través del Consejo de Seguridad ejercen los cinco inamovibles, y en lo económico,

íntegramente de las parcas cuotas de sus miembros, morosos muchos de ellos, incluso los grandes. Y a las carencias genéticas hay que sumar el condicionamiento coyuntural de haberse tenido que desarrollar en el clima de desconfianza generado por la guerra fría.

POR lo tanto, no se deben pedir a la ONU frutos que no puede dar. Y como esto es lo que se ha venido haciendo a lo largo de los últimos cincuenta años, la historia de la ONU ha sido, ante la opinión mundial, una cadena de fracasos e ineficacias. Vista desde otro ángulo, la ONU ha sido crecientemente —con sus inevitables alternativas y a pesar de sus insuficiencias— el componente ya inevitable de todo esfuerzo pacificador en un mundo caracterizado por la desenfrenada exaltación del poder y la fuerza, que la ONU nunca ha poseído por sí misma.

Más aún. Inesperadamente la ONU se ha ido convirtiendo, en cambio, en el **referente moral** máximo admitido por todo el planeta. La ONU es la única conciencia ética, por consenso, del mundo actual. No hay ninguno de los 184 estados miembros de la ONU que no desee para la resolución de sus contenciosos el respaldo moral de la ONU, aunque sepan que, en la mayoría de los casos, la institución no les va a sacar las castañas del fuego. Todos los conflictos pasan por la ONU, y contra lo que pueda pensarse desde un pesimismo simplista y poco ilustrado, la ONU deja en sus resoluciones la impronta de una singular eficacia, que consiste en afirmar la razón o la sinrazón de los contendientes.

Cierto es que en el alumbramiento de las decisiones los más poderosos se empeñan por forzar las voluntades de los débiles más de lo que fuera legítimo. Los vetos del Consejo de Seguridad durante los años de guerra fría, los sospechosos consensos actuales para la guerra del Golfo o para la intervención en Haití resultan deprimentes cuando se piensa en las presiones y sobornos que seguramente habrán sido empleados para su obtención. Pero este mismo abuso demuestra que incluso los poderosos temen ya una desaprobación que emane del Consejo de Seguridad, o de la Asamblea, aunque esta última sólo pueda «recomendar».

Comparadas con su antecesora —la Sociedad de las Naciones de 1919— las Naciones Unidas, cuyo cincuentenario ahora conmemoramos, son una organización relativamente eficaz. Siempre que no se juzgue desde lo que «debería ser» en estado de posesión perfecta, sino más bien teniendo a la vista lo que podría ocurrir en un mundo ya caótico, si este foro plural desapareciera. La historia de la ONU no es brillante pero tampoco es más negativa de lo que la aspereza humana comporta. Incluso diríamos que es positiva en cuanto que los pecados de omisión no le pueden ser siempre imputados y que su labor hay que evaluarla en conjunto.

DE esta manera, quizá insuficiente y cara, la ONU ha producido desde su fundación, infinidad de resoluciones sobre paz y seguridad, solución de conflictos, regulación de armamentos, derecho internacional, cooperación económica y ayuda social, asistencia técnica, financiación del desarrollo, derechos humanos, refugiados..., etc. El mundo tardará todavía en reconocer y agradecer la labor que la ONU realiza a través de su casi cincuentena de agencias especializadas. Y nada digamos de su intervención directa en 26 conflictos críticos en los que ha llegado a poner armas (protectoras armas) a unos 500.000 cascos azules, pagando por ello el tributo de casi un millar de muertos desde 1948.

Pero es obvio que la funcionalidad y eficacia de un organismo supranacional como la ONU está en razón inversa de la resistencia del espíritu nacionalista de sus miembros. Este pulso se va lentamente inclinando hacia el bien más general. Creemos que se puede afirmar sin incurrir en mera palabrería que el **nacionalismo** está ya condenado aunque su inercia subsista, de manera particular en los inviabiles micronacionalismos que dan lugar a conflictos como el de Bosnia-Herzegovina. La interdependencia creada por el progreso tecnológico es ya irreversible y socava los cimientos del egoísmo nacional con mucha mayor eficacia que el recurso a los principios morales o a los idealismos religiosos, tan diversamente interpretados por los pueblos. Siendo esto así, hay que pensar que la eficacia de las Naciones Unidas, siempre necesitadas de correcciones y mejoras en su estructura,

tenderá a crecer, consolidando su actual carácter de autoridad moral con la ansiada **efectividad** que tan impacientemente desean muchas gentes con más voluntarismo que conciencia histórica. Es cuestión de tiempo.

La ONU del Tercer Milenio

CUESTIÓN de tiempo, pero también de voluntad política. Con este año conmemorativo cuya cúspide se alcanzará en junio, se abre un debate en el que surgirán, a no dudar, numerosas iniciativas y sugerencias para dotar a la ONU de cuantos instrumentos legales y materiales requiere un mejor cumplimiento de sus finalidades. Porque los cincuenta años transcurridos han descabulado todas las proyecciones de la Carta de San Francisco. Medio siglo, ¡y tal medio siglo!, ha sido tiempo suficiente para que el mundo haya comprendido la intención original, y haya percibido igualmente sus insuficiencias. La crecida población humana actual se ha más que duplicado desde 1945 y llegará en el 2000 —ya a la vuelta de la esquina— a los 6.200 millones; los fabulosos instrumentos de creación de riqueza y paradójicamente la injusticia distributiva, cada vez mayor, los nuevos conflictos, las comunicaciones y los medios de comunicación de masas, han creado para la ONU un contexto nuevo que obliga a redefinir su misión, su estructura, su financiación y sus métodos de trabajo.

No es este editorial el lugar y el momento de especificarlos. Pero sí podemos expresar dos deseos consecutivos: uno, que los miembros del organismo Naciones Unidas (incluidos el Vaticano y Suiza, ¿qué es lo que les detiene?) consideren esta labor como el trabajo vertebral del siglo XXI, y dos, que la idea de la **igualación económica** sea considerada por los gobiernos, a lo menos con **sagacidad** ya que tan difícil es impulsarla por **solidaridad**, como el principio fundamental de toda acción. No podrá haber paz, ni las Naciones Unidas estarán efectivamente unidas, mientras el Tercer Mundo esté gobernado por la desesperación.